

MELESIO MORALES

¡ Otro desaparecido ! ¡ Otro artista, luchador, enérgico, tenaz y firme hasta la intransigencia, que ha emprendido la eterna peregrinación ! Nuestro arte está de duelo y debe estarlo, á decir verdad, porque sin distingos, ni señalamientos aventurados de categorías, la muerte de quien quiera que le haya dado lustre, es sensible, es dolorosa y es causante de profunda pena.

Un íntimo amigo mío, excelente escritor, dotado de claro criterio y siempre inspirado en sus juicios por sentimientos de benevolencia y justicia, decíame lo siguiente á raíz de la muerte del maestro Morales :

« No soy músico ni crítico; no podría estimar en su justo valor los méritos de Melesio Morales; ignoro si fué ó no un inspirado, si su música perdurará, si lleva ó no el sello de la suprema belleza; hago punto omiso de sus ideales y tendencias, de su carácter y pasiones individuales; pero me descubro respetuosamente ante la figura prominente del hombre laborioso, del trabajador infatigable, del luchador tenaz que, por su propio esfuerzo, logró descollar, ambicionó y conquistó un nombre, una posición envidiable que fué única en su tiempo, y dió á su patria, dentro y fuera de ella, lustre, gloria y satisfacciones. Así,

sin prevenciones ni pasión, con la indiferencia, con la serenidad de quien no pertenece al gremio musical, así rindo justicia á Morales, y por eso lamento la actitud fría y semi-indiferente de la mayoría de nuestra prensa en ocasión de su muerte. Ustedes han honrado ya su memoria en el Conservatorio, y presumo que algo más promoverán en su homenaje; pero me duele que la desaparición de un artista no haya merecido de la mayoría de la prensa más que párrafos vulgares y consignaciones de gaceta. »

Así habló mi inteligente amigo y sus palabras llenas de amarga verdad merecieron mi absoluta aprobación y provocaron honda emoción en mi ánimo.

Las ideas de ese justiciero escritor son las mías, y las prohijo con cariño.

Me sería muy difícil, si no imposible, esbozar un juicio crítico acerca del maestro Morales: fuí su discípulo y no me aventuraría á manchar su memoria con censuras estafalarias que, á los ojos de muchos, acusarían ingratitud y falta de respeto; por otra parte, sería tildado de parcial, toda vez que por muchos años — casi la mitad de mi vida — dividiéronnos diferencias de tendencias é ideales, igualmente firmes é igualmente arraigados en ambos. No; incumbe á otros la tarea de destacar juiciosamente la figura del maestro Morales, haciendo brillar sus indudables méritos y confesando ú opacando sus debilidades; yo, no á título de músico ni de pseudo-crítico, sino de mexicano, amante y respetuoso de todo y de todos los que han colaborado en nuestro engrandecimiento, reclamo para Morales todos los honores y todos los homenajes que se rinden á los hombres que algo han tenido de héroes, por sus luchas en épocas nefastas, por sus esfuerzos en momentos críticos y caóticos para el arte, por su labor abnegada y por el ejemplo que como estela luminosa han dejado tras sí. Que tales cualidades realzan la figura de Melesio Morales, no hay que ponerlo en duda; ahí están sus datos biográficos que, paso á paso, nos muestran sus

constantes ambiciones logradas frecuentemente merced al temple de su carácter, y el respeto, la devoción constante por un ideal, el culto por una escuela, el amor á una secta, que, al revelar arraigadas convicciones, merecen también respeto y homenaje.

Morales no fué ni pudo ser un revolucionario en el arte; educado en una escuela que, en su época, mostrábase conservadora é intransigente, hubo de ser consecuente con sus principios y adherirse á ellos con toda el alma, por analogías de sentimiento, persuasión y conveniencia. De ahí sus pugnas con la nueva generación, sus frecuentes choques con quienes amamantaban diversos ideales y sus esfuerzos constantes por desvirtuar el predominio de las nuevas ideas en el sentimiento del público y de los artistas. Flotaba en el débil barquichuelo de su sentimiento individual y pugnaba por conjurar la tormenta que amenazaba hundirlo...

¿Hacia bien ó mal?... La defensa era justa, era precisa, inevitable, así derivase de una sólida conciencia artística ó de la imposibilidad de defecionar; en todo caso, argüía el uso de un derecho y, de ningún modo era acreedora á censura. Desgraciadamente para el artista, las corrientes de progreso y la fuerza de la evolución á la que no podíamos substraernos, fueron más intensas y poderosas que sus vibrantes protestas y de ahí que los rudos oleajes abrieran paso á paso un abismo al frágil barquichuelo. Los hechos obedecían casi á una ley natural pero Morales, si de ello se percató, no por eso dejó de experimentar ruda pena que ensombreció sus postreros años. Y debo confesarlo : á pesar del escaso afecto que me manifestaba, al verle disimular su contrariedad con esa máscara de serena y dominadora voluntad con que encubría sus impresiones, muchas veces participé de su pena y sufrí sus dolores... Pensé en las tristezas de su amarga ancianidad, y, más de una ocasión, intenté atenuarlas con muestras de cariño y distinción. Ignoro si obraba por bondad ó por egoísmo recordando el proloquio

vulgar : « Hoy por tí y mañana por mí... » Quizás por ambos ; pero de todas suertes sentíame satisfecho al pretender endulzar de alguna manera las amargas de su ancianidad.

Ahora todo ha concluído. Goces, satisfacciones, temores, triunfos y decepciones, anhelos de arte y sufrimientos de artista, todo queda almacenado entre despojos bajo una losa fría que marca un valladar entre lo que es y lo que fué. El nombre de Melesio Morales siempre se pronunciará con respeto y evocará la figura de un paladín esforzado, de un artista laborioso y concienzudo, de un maestro ejemplar en el cumplimiento del deber y de un mexicano que honró á su patria cuanto pudo.

Yo, el más indomable, quizás, de sus discípulos, vuelvo á reclamar para él los dignos homenajes que se tributan á los hombres prominentes, y coloco emocionado sobre su tumba un puñado de flores como emblema de respetuoso recuerdo y enaltecido respeto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 2025 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO

MUERTE DE UN GRAN COMPOSITOR RUSO

RIMSKY-KORSAKOFF

Hace ya muchos meses, un año quizás, que impulsado por la gran simpatía que me inspira, intenté bosquejar un breve estudio de la escuela rusa. En las columnas de esta revista expuse á grandes rasgos los caracteres esenciales de esa escuela, haciendo hincapié en la cualidad, más moral que musical, que la ha distinguido siempre, y de la que, á mi juicio, ha derivado su constante progreso y su solidez, más firme cada día: el espíritu de confraternidad que predomina entre todos los músicos rusos, y la unidad de ideales, apenas truncada levemente por uno que otro egoísta ó desertor de la poderosa agrupación de compositores.

Consigné entonces la magnitud de los progresos realizados gracias á la fuerte liga pactada desde 1856 por cinco músicos rusos, á quienes el arte debe sus más brillantes conquistas en aquella tierra en que tal fruto de civilización parecería no poder madurar entre los yugos del despotismo y de la tiranía. Y sin embargo, de la unión de esos artistas iluminados por ardiente fe y excitados por entrañable amor patrio, brotó una resolución, germinó una idea saludable de creación y evolución, idea que

tenía más de ideal y que habría, al realizarse, de cimentar sólidamente una verdadera escuela.

Son gloriosos los nombres de esos fundadores y hoy familiares á todos los que algún contacto tengan con el mundo musical: Balakireff, Cui, Rimski-Korsakoff, Borodine y Moussorgsky. Á últimas fechas solamente existían dos supervivientes de la gloriosa agrupación: Cui y Rimsky-Korsakoff; hoy llora el arte la pérdida del último, compositor celebradísimo á quien puede reputarse como el más genuino representante de la escuela rusa contemporánea.

Juntamente con los postreros ecos de su triunfo en la Ópera Cómica de París con la bellísima partitura *Sniegoroutchka*, llegan las revistas musicales francesas, enlutadas sus columnas, consignando en pocas líneas — por escasez de datos — la violenta é inesperada muerte del compositor.

Positivamente, su desaparición afecta á todo el mundo musical y muy en particular á su patria, de la que, si bien tuvo en últimos años duras decepciones, más personales que artísticas — aludo á su destitución como director del Conservatorio de San Petersburgo — no pudo merecerle más que gran cariño y admiración entre la inmensa masa del pueblo. Rimsky-Korsakoff fué muy amado y admirado, no tan sólo por la gloria artística que conquistó para su país, dentro y fuera de él, sino por el espíritu eminentemente patriótico, nacional y popular que anima y da vida á todas sus composiciones. Quiso, en ellas, y con particularidad en esa linda *Sniegoroutchka* que hoy aplauden los parisienses, hacer cantar el alma de su pueblo y, á través de las sutilezas casi infantiles de una inocente leyenda de hadas, dejó traslucir un simbolismo de sencillez y resignación que son dotes típicas del pueblo ruso.

En estudio muy anticipado de la ópera mencionada, Bellaigue, el admirable crítico francés, consignó tal mérito. No puedo resistir á la tentación de traducir página tan bella y de tan atinada previsión.

Héla aquí :

« Sencillez, bondad ingénu y resignada, hé ahí los caracteres del alma rusa que hemos encontrado en la obra de uno de los primeros músicos de la Rusia. Posee aún otros. Tanto como la tierra en que nació, esta música ejerce « el atractivo de las grandes tristezas, acaso el más poderoso, porque cada uno de nosotros llora en lo mejor de su alma no sé qué cosa perdida que nunca conoció » (E.-M. de Vogüé, *Le roman russe*). Esta música, en fin, parece amenudo resentir y comunicarnos una vaga y misteriosa inquietud. Como el alma rusa siempre busca se atormenta, implora. Hay en la partitura de Rimsky-Korsakoff, sobre todo en el papel de Sniegoroutchka, arranques de deseo y de angustia. « ¡ Hacedme creer ! ¡ Hacedme creer ! » clamaban una vez dos jóvenes rusos al orador que arengaba en una asamblea religiosa. En una escena en la ópera de Rimsky-Korsakoff, mientras que Lel canta, Sniegoroutchka inclina, llorando, la cabeza en la espalda del pastor melodioso, y sus lágrimas y su mismo silencio, parecen decir parecidamente : « ¡ Hacedme amar ! ¡ Hacedme amar ! »

En el bello libro al que amenudo hemos recurrido, Vogüé reproduce estas palabras del poeta Tutchef : « No se comprende la Rusia con la razón ; no se puede más que creer en la Rusia. » Para esta música rusa no quisiéramos otra cosa. Que nuestros directores crean solamente en ella : no les hará traición. »

Y á fe que no se la ha hecho : *Boris Godounoff*, de Moussorgsky y la *Snigoroutchka*, contemporáneamente ejecutadas en los últimos meses en París, atestiguan el acierto en la predicción de Bellaigue. Han sido dos triunfos de la escuela rusa, conquistados por un muerto... y por un moribundo.

Atribúyese la muerte de Rimsky-Korsakoff á una antigua afección cardíaca ; pero son aún muy vagos los datos que insertan los periódicos europeos en los últimos números recibidos.

Ya que poco puedo comunicar acerca de su muerte, hablaré algo respecto de su vida.

El *Diccionario* musical de Riemann y la *Historia de la Música rusa* por Soubies, proporcionanme los siguientes datos :

« Nicolás-Andrejevitch Rimsky-Korsakoff nació en Tickwin el 18 de marzo de 1844 ; escogió primeramente la carrera militar y fué varios años oficial de marina. Entre tanto estudió sólo la música y llegó á ser buen músico, de suerte que pudo aceptar, en 1871, el puesto de profesor de Composición en el Conservatorio de San Petersburgo. Es inspector de músicas de la flota rusa y, desde el retiro de Balakireff, director de la Escuela gratuita de música. Como compositor es uno de los representantes de la joven escuela rusa que sigue las huellas de Berlioz y Liszt, y muestra muchas simpatías por la joven escuela alemana. » (*Riemann.*)

« Hombre de imaginación, de constante labor, de facilidad extraordinaria, ha demostrado vigor y gracia, talento y ciencia en la mayor parte de los géneros conocidos. Ha hecho, á su manera, trabajo de historiador y de arqueólogo reuniendo y transcribiendo cantos populares, y, en esta aplicación de sus capacidades, ha mostrado mucho tacto y discernimiento.

Rimsky-Korsakoff ha dado varias obras al teatro : la *Pskovitana*, la *Noche de Mayo*, *Sniegoroutchka*, *Mlada*, la *Noche de Navidad*, *Sadko*. »

No contaba aún treinta años el compositor cuando logró la ejecución de su primera ópera la *Pskovitana*, concebida según las tendencias y principios de la nueva escuela rusa. En el interesante é instructivo libro de Cui : *La Música en Rusia*, se puede leer un concienzudo é imparcial estudio acerca de la misma. Descartando la parte de censura, que parece ser atinada y justiciera, Cui recapitula su juicio diciendo : « que los coros de esa ópera son soberbios, que el carácter de Matouta está conducido con gran originalidad, y que todo el segundo acto es una de las más bellas creaciones musicales existentes, una escena popular de verdad imponente y de espléndido efecto. »

Elogios parecidos se han tributado á la *Noche de Mayo*, obra

de medio carácter, semi-cómica, estrenada en 1880; pero ninguna como la *Sniegoroutchka* ha merecido elogios tan entusiastas y unánimes de la crítica.

Un estudio profundísimo y lleno de erudición acaba de ver la luz en la *Revista Musical* de París; sería imposible trasladarlo á estas columnas; pero, en confirmación de lo anterior y de la suspicaz opinión de Bellaigue, ya citada, voy á permitirme extractar un fragmento:

« El talento de Rimsky-Korsakoff es profundamente nacional; es nacional por esencia. Más aún, es esencialmente popular. Procede directamente del pueblo por su carácter eminentemente melódico. Como la gran mayoría de sus colegas, Rimsky-Korsakoff encuentra menos encanto en la combinación harmónica más ó menos mecánica de los sonidos que en su sucesión melódica. Por la melodía ha penetrado á lo más íntimo del alma popular. La ha recreado en sonidos en su propia alma, al punto que es difícil, amenudo, discernir lo que le pertenece propiamente y lo que es el alma de la Rusia. Y es así como, á pesar de sus dones prodigiosos de armonización é instrumentación, la facilidad de la invención melódica constituirá el rasgo fundamental — y el más atractivo — de su talento musical. Su talento es, en fin, nacional por el colorido, que es el colorido mismo de su país, de su naturaleza, de sus paisajes, de sus aspectos, de toda su fisonomía. Debe su encanto más penetrante á su arte de pintor profundo y entusiasta de la naturaleza y de las estaciones de la tierra natal. Refleja el alma rusa en toda su *bondad ingénuu*, su *sencillez patriarcal*, y su *resignación en el destino*. Poco accesible á la acción y al movimiento dramáticos, es más bien contemplativa y soñadora. Da á las alegrías, á las penas, á los esfuerzos, á las dudas, al amor, á la muerte misma cuando la canta, el dulce sello de su meditación. »

Multiplicar las citas á propósito de otras óperas de Rimsky-Korsakoff, me llevaría muy lejos: baste, á mi propósito, trazar una breve lista de las obras no teatrales producidas por el com-

positor. Una *Sinfonietta* y una *Obertura* sobre temas rusos; otra *Obertura* de estilo religioso; un *Capricho español*; una *Fantasia* sobre melodías serbias; un *Cuento feérico* para orquesta; la *Suite* titulada *Scheherezade*; un *Concierto* de piano; una *Serenata* para violoncello y piano; un sin número de fragmentos corales y melodías vocales y algunas más — pocas — para piano solo.

Por todo lo anterior podrá tener leve idea de la magnitud del artista que acaba de pagar su tributo á la tierra. Más podría añadir acerca de sus méritos como profesor y Director del Conservatorio de San Petersburgo, así como del amor y veneración que siempre le rindieron quienes fueron sus discípulos y hoy son figuras resaltantes en su patria y en el extranjero. El espacio me falta y debo ya poner punto final. La desaparición de artistas de tal talla sume al espíritu en el dolor y en la pena, levemente dulcificados por una reflexión consoladora: cumplió su misión de arte, amor y patriotismo; fué evolucionador é iniciador; fué confraternal y altruista; ¿qué importa, pues, la desaparición del cuerpo en la sombra y en la nada?... Su alma perdurará en sus obras y está ya asimilada en ese pueblo ruso de donde derivó. Vuelve á su origen como el cuerpo á la tierra...

RICARDO CASTRO

Tiembla aún mi mano al trazar estas líneas y mi espíritu con-turbado por la honda pena se rehusa indócil, y se ha rehusado, en estos días de duelo, á dictarme las palabras justas y las expresiones adecuadas para lamentar la desaparición del grande é infortunado artista y para ensalzar cual se debe sus extraordinarios y gloriosos méritos.

Obligado por un triste deber — deber de cariño fraternal y de compañerismo — pronuncié en las exequias de Ricardo un pequeño discurso dictado por la más sincera emoción; evoqué en unas cuantas frases los méritos del hombre y del artista, comprometiéndome á desarrollar más tarde mis ideas con amplitud y mis juicios con entera independencia.

Pues bien, ese momento no ha llegado aún: el dolor me oprime cruelmente, mi cerebro sufre aún las consecuencias de la tremenda sacudida, y si bien los pensamientos y recuerdos acuden en tropel á mi mente, huyen también en tropel cuando pretendo prenderlos en las puntas de la pluma.

No voy, pues, á hacer el panegírico de Ricardo Castro ni á trazar un juicio crítico del artista: voy á eslabonar como pueda

algunos fragmentos escritos apropósito de sus triunfos, complementándolos con las observaciones que juzgue pertinentes.

Sería inútil relatar la vida de Ricardo: todo el mundo la conoce y es muy sabido que su precocidad fué precursora de la espléndida florecencia de su talento. Pero bueno es saber, aunque también se puede presumir, que Castro, como todos los artistas predestinados, apuró frecuentemente el amargo brevaje de la decepción. Y no porque, en relación con su extraordinario talento, dejase de soportar las punzantes heridas de la envidia, sino por el temor de no ser bien comprendido ó ser olvidado fácilmente.

Á este respecto recuerdo lo siguiente:

Hacia algunos años que Ricardo se había rehusado á presentarse al público como pianista, engolfado como lo estaba en algunos trabajos de composición y consagrado — como es preciso consagrarse en México para vivir — á la ruda labor de la enseñanza, cuando una tarde del mes de mayo de 1901, tropecé con él en el Conservatorio. Llevaba en la mano unas esquelas, y al saludarme puso una de ellas en la mía interpeándome á la vez, con esa afabilidad que tan típica era en él:

— ¿Quieres asistir á mi concierto?

— ¿Cuál concierto? interpele á mi vez.

— Preparo uno, dentro de pocos días, en la sala Wagner...

Y á mi nuevo ademán interrogativo se adelantó á contestarme con cierto dejo de amargura: « *Voy á tocar... para que no se olviden de mí...* » Confieso que sus palabras dejaron en mi ánimo una impresión dolorosa... ¡Pensaba que le olvidaban, á él, que siempre fué querido y admirado!...

¡Pobre Ricardo! Temía y esperaba, y por fortuna sus temores trocáronse en quimera y sus esperanzas superaron quizás á sus legítimas ambiciones.

Á su llamamiento no solamente acudió el público solícito y entusiasta: acudió la gloria ciñendo su frente de laureles y fué tan buena compañera que no le abandonó más.

Aquel concierto fué el punto de partida de la ascensión gloriosa á que aludí en los últimos renglones de mi crítica sobre la *Leyenda de Rudel*. Gracias á una noble protección pudo consagrarse Castro libremente al estudio y, después de un año de labor, conquistar aquí y en toda la República los más brillantes triunfos que artista alguno haya obtenido hasta la fecha.

En ocasión de aquel primer concierto memorable dí á luz un largo artículo alusivo, en forma de carta abierta, del que juzgo oportuno transcribir algunos fragmentos.

Ligado desde la niñez con Ricardo con los lazos de la más fraternal amistad, natural era que abriese mi sumario juicio con el capítulo de los recuerdos.

« Antes de trabar mutuo conocimiento personal — decía — cuando ambos éramos muy jóvenes, casi niños, y comenzábamos el estudio de la composición bajo la dirección del mismo maestro, ya un círculo tenebroso, perverso y malintencionado que funciona á la sombra y tiene más afiliados que una religión, círculo al que pertenecen todos y ninguno, había intentado desunirnos, alejarnos en lo posible al uno del otro, y tratado de sembrar entre ambos la más infundada de las desconfianzas. La calumnia y la mentira se habían dado la misión de deslizar en nuestros oídos palabras estúpidas y hablillas tan absurdas como despreciables... ¿Qué podían temer de dos inexpertos estudiantes, de dos pobres muchachos sin saber y sin experiencia?... Y sin embargo...

Un buen día, caminando ambos con nuestras incorrectas partituras bajo el brazo con el fin de hacer una prueba orquestal en el Conservatorio, tuvimos oportunidad de conocernos, de cambiar las primeras palabras amistosas, de comunicarnos nuestros ideales y nuestros anhelos, y de ofrecer con pacto de arte y de cariño, una barrera infranqueable á los dardos envenenados que se nos dirigían.

Desde entonces fueron comunes nuestros afanes, comunes nuestras labores y constante el comercio de ideas y aspiracio-

nes. Trabajábamos ambos, no con el deseo de superar el uno al otro, sino con el de obtener la desinteresada y recíproca aprobación.

Casi día con día Castro sujetaba humildemente á mi juicio sus recientes producciones, y yo me sentía orgulloso de presentarle las mías cuando aún no secaba la tinta en el papel. Puedo, pues, decir con orgullo, que fuí el primero en conocer y aplaudir muchas de esas obras — los *Nocturnos*, la *Polonesa*, el celebrado *Vals Capriccio*, el gentil *Minuetto*, y muchas otras — que más tarde adquirieron merecida popularidad.

La evolución se iba operando lenta pero fructuosamente; huelga añadir que era el fruto del estímulo y de la más sólida confianza. Los años transcurrieron, y al darnos experiencia y madurez de criterio, sirvieron á Castro para ser indulgente conmigo y á mí para reconocer á más y mejor sus méritos y talento.

Bajo aquel exterior débil y enfermizo, había el espíritu de un luchador. Y no de un luchador vulgar que pretende ser creído bajo su palabra, sino del luchador laborioso, activo é inteligente, que acredita su esfuerzo con trabajos y con obras.

Castro se consagró con grande afán al estudio del piano, instrumento en que sobresalió desde sus tiernos años, y con igual ardor á la composición, rama del arte que siempre cultivó y en la cual también ha conquistado inmarcesibles lauros.

Como pianista, olvidó para siempre los primeros triunfos obtenidos con la ejecución del famoso *Himno del Brasil* y las fantasías de *Norma* y *Rigoletto*, para hacer estudio serio y reposado de estilos y maestros clásicos; y como compositor desechó sus primeras producciones y evolucionó completamente asimilándose las concepciones de los compositores franceses y alemanes contemporáneos.

Para valorizar el empuje de tales esfuerzos hay que tomar en consideración el medio desfavorable en que se vive y la atmósfera antiartística que se respira; débese reflexionar en la falta

absoluta de modelos y de guía en las dificultades con que se lucha para producirse en un país, que, como el nuestro, no cuenta ni con frecuentes audiciones, ni con buenos elementos, y ni tan sólo posee una Sala de Concierto; débese medir la poca importancia del estímulo cuando se imparte por unos cuantos, y la magnitud de la censura cuando brota capciosamente de los labios de los envidiosos.

Pensando en todo esto y algo más que me callo, se podrá juzgar de los méritos del que lucha y se estimará en su legítima cuantía el triunfo del que vence. »

Y es verdad que si la lucha fué ruda no fué prolongada: el supremo consuelo del triunfo le aguardaba y la satisfacción de ganar la confianza de quienes podían alentarle y estimularlo. Un amigo de corazón y un alto hombre público, artista á su vez, vinieron en su ayuda, aportando el primero todos los elementos para fomentar la triunfante carrera, y premiando el segundo, con fé y con justicia, con noble propósito de estímulo artístico, aquella labor tan ardua y tan meritoria. Gracias á esos impulsos, el tímido artista que temía ser olvidado, fué aplaudido y celebrado en su propio suelo y después en la vieja y siempre culta Europa.

Ricardo partió para el Viejo Mundo pensionado por nuestro Gobierno, con la ilusión de corresponder á la distinción de que había sido objeto, que no por ser meritísima dejaba de ser excepcional. Justo era que diese á la patria la honra y la gloria que de él exigía.

Ni sus esperanzas, ni las de sus protectores resultaron fallidas: Ricardo fué celebrado allí como acá y su talento é inspiración fueron reconocidos en aquellos centros altamente artísticos y altamente cultos que, por lo mismo, no consagran medianías ni disimulan deficiencias.

Haré breve enumeración de los Conciertos que organizó y de aquellos en que se ejecutaron algunas obras suyas, extractando, á continuación, los más satisfactorios juicios de la crítica europea.

El lunes 6 de abril de 1903 tuvo efecto su *début* como pianista en la celebrada *Sala Erard* de París y en el Concierto *Le Rey*, efectuado el 26 del mismo mes, su presentación como compositor ante el público parisiense.

En el primero, aparte de varias obras de Beethoven, Bach, Chopin, Philipp, Dubois, Grieg y Moszkowski, figuraron en el programa las siguientes de su composición: *Minuetto*, *Vals-Bluette* y *Chant d'Amour*.

En el segundo, las siguientes piezas orquestales: *Pequeña Marcha*, *Intermezzo* de *Atzimba*, *Baile sagrado*, *Himno* y el conocido *Vals Capricho*, estando la parte de piano á cargo del compositor.

« El Imparcial » de fecha 8 de mayo de 1903 reprodujo algunos de los juicios de la prensa francesa, entre los que sobresalen los siguientes:

De *Le Monde Musical* del 15 de abril.

« Ricardo Castro, profesor del Conservatorio de México, pianista y compositor, cuyo mérito es de los más serios, ha emprendido un viaje á Europa, trayendo comisión especial para estudiar la organización de los Conservatorios. Durante su residencia en París, el notable pianista quiso darse á conocer y el éxito ha venido á demostrar que sus deseos eran plenamente fundados. Si bien ha trabajado mucho él sólo, Castro recibió los consejos de Eugenio D'Albert, y su ejecución lo demuestra. De la *Sonata* op. 31, número 3, de Beethoven, apreciamos, sobre todo, el *Minuetto* y el *Scherzo*; luego escuchamos con gran satisfacción la *Gavota en re* de Bach, la *Polonesa en re menor* y el *Estudio en do menor* de Chopin. De Philipp ejecutó Ricardo Castro con elegancia lo siguiente: *Bailando* y *Elfo*, luego interpretó la *Fuente Encantada* de T. Dubois, la *Marcha de los Enanos* de Grieg y el difícil estudio de concierto de Moszkowski. La interpretación del *Arabesco* de Liszt, nos agradó particularmente.

Finalmente hemos reservado para lo último, el placer de hablar de las encantadoras composiciones de Ricardo Castro, tituladas: *Minuetto*, *Valse-Bluette* y *Canto de Amor*, á las que dispensó el público una calurosa acogida.

Añadamos que Castro no se limita á escribir para piano, y que es autor de una ópera muy estimada en México, llamada *Atzimba*. »

De *Le Figaro*. — 9 de abril de 1903.

« Un artista de gran mérito, pianista y compositor que goza de gran reputación en México — Ricardo Castro — ha dado un concierto en la Sala Erard á fin de hacerse consagrar por el público parisiense.

El éxito fué ruidoso : después de cada uno de los trozos ejecutados — obras de maestros clásicos y modernos — el eminente artista fué calurosamente aclamado. Se escucharon con vivo placer, sobre todo, sus obras originales : *Minuetto*, *Valse-Bluette* y *Canto de Amor*, las tres deliciosamente inspiradas.

Las cualidades de virtuosidad y de talento musical de Ricardo Castro, se confirmaron plenamente durante este concierto que pareció muy corto al numeroso público. »

De *Le Guide Musical*. — 3 de mayo de 1903.

« En el concierto Le Rey, del domingo 26 de abril, se ejecutaron varias obras de Ricardo Castro, Profesor del Conservatorio de México : una pequeña marcha en la cual el autor parece haber seguido la escuela de Meyerbeer, y dos fragmentos de su ópera *Atzimba*, uno de los cuales, el *Intermezzo*, pareciónos contener temas de lindo sentimiento melódico : en cuanto al segundo fragmento, la ejecución orquestal no fué tan buena que nos permitiese formarnos un juicio equitativo sobre esa página que denota, sin embargo, en el autor cierta habilidad de escritura.

Ricardo Castro ejecutó con mucho brío un *Capricho Vals* para piano y orquesta, que no carece de encanto, pero sería de desearse que se suprimiese el bombo, subrayando frecuentemente los tiempo fuertes. »

En la segunda serie de los conciertos Le Rey, el 10 de abril de 1904, ejecutáronse las siguientes obras de Ricardo : *Minuetto* para instrumentos de arco, una *Romanza* para violín y la *Marcha tarasca* de *Atzimba*. Acerca de ellas publicó el siguiente juicio *La Revue Musicale* :

« La marcha de la ópera *Atzimba*, que se ha cantado en América, está construida sobre un antiguo tema mexicano que Castro ha desarrollado de manera enteramente ingeniosa, y del que sacó curiosísimos efectos. White tocó una *Romanza* para violín que la orquesta debió acompañar mejor. Los *cornos*, principalmente, estuvieron inexorables... Un

Minuetto para instrumentos de arco, de una preciosidad fina y espiritual, completó esa selección de las obras de Castro. »

El 28 de abril de 1904 se verificó en la Sala Erard un segundo concierto dado por el insigne artista. En esa audición ejecutó Castro una brillante selección de composiciones de Beethoven, Bach, Chopin, Moszkowski, Chaminade y Liszt, y una buena serie de obras originales escritas durante su permanencia en París. Va en seguida su enumeración :

Hoja de Album, *Barcarola*, *Rêve*, *Serenata*, *Nocturno*, *Estudio*, *Junto al Arroyo*, *Valse Impromptu*, y *Estudio de Concierto núm. 2*.

Uno de los periódicos más populares de París, *Le Journal*, publicó el 1º de mayo el siguiente entusiasta juicio :

« Una buena parte del Programa estuvo consagrada á las obras del pianista-compositor. *Seis Preludios*, *Près du Ruisseau*, *Valse Impromptu* y *Estudio de Concierto*, todas notabilísimas y de alta inspiración. *Près du Ruisseau* es un trozo al que, desde ahora, anticipamos un brillante éxito en el repertorio de los grandes conciertos. Los *Preludios* son divinos ; encierran páginas, como la *Hoja de Album* y *Rêve*, tan exquisitas, tan ideales, podemos decir, que recuerdan á Schumann. En suma, una audición excepcionalmente impregnada de entusiasmo, en el curso de la cual las llamadas y los *bis*, que no faltaron, se convirtieron en ovaciones ; pues, hecho digno de consignarse, el artista mexicano es todo un temperamento : hay en su ejecución, aparte de un sentimentalismo profundamente tierno, tal calor, tanta pasión, una sonoridad á la Rubinstein, de tal manera extraña y poderosa, una *virtuosidad* tan extraordinaria, un conjunto, en fin, de tan nobles cualidades, que quien las posee está enteramente designado como una naturaleza selecta, verdadera organización musical, tan rara de encontrarse hoy, en estos tiempos de acrobatismo pianístico. Ricardo Castro es un pianista genial. Retened su nombre porque, en lo porvenir, mucho se hablará de él. Ya lo veréis. »

Opinión de tan alto valor, lanzada á la publicidad por un diario poco accesible y, por lo común, desafecto á los artistas extranjeros, tenía para enorgullecer á otro que no hubiese sido tan modesto como Ricardo. El compositor sintióse lisonjeado y

estimulado, á no dudar, y se esforzó por hacer conocer otras obras suyas de mayores proporciones y alientos. Lograr tal cosa en París habría sido casi imposible ó tremendamente dispendioso; en consecuencia, dirigió su mirada hacia un país vecino — la Bélgica — cuya hospitalidad es proverbial.

Castro emprendió el viaje á Bruselas, á donde trabó íntima amistad con el distinguidísimo violoncellista Loevensohn, quien sirvióle de excelente guía é introductor en aquel centro artístico.

Muy poco tiempo después, el 28 de diciembre de 1904, hizo Ricardo su *début* como pianista y compositor en Ambéres, en un concierto verificado en la gran Sala del Jardín Zoológico.

Gran parte del programa fué consagrada á las obras de nuestro compatriota, siendo de notarse que dos de ellas fueron de reciente producción: los conciertos para Piano y Violoncello con acompañamiento de orquesta. Además de estas ejecuciones: el *Minuetto*, la *Romanza* para violín, el *Intermezzo*, la *Marcha* y la escena final de *Atzimba* para solos, coro y orquesta.

Seguramente que ese concierto constituyó uno de los éxitos más francos y sinceros de Ricardo Castro en Europa, á juzgar por la unanimidad de juicios y el legítimo entusiasmo de la crítica musical. Buena parte de tales juicios fué reproducida por *El Imparcial* del 19 de febrero de 1905; pero tengo á la vista un sinnúmero de otros igualmente entusiastas entre los cuales me sería difícil hacer una acertada elección. Sin embargo, paréceme que el siguiente, publicado en *La Federación Artística* del 1º de enero de 1905, rinde justicia á nuestro compatriota, con mayor cordura que muchos otros. Hélo aquí:

« Gran parte del programa estuvo reservada á las obras del mexicano Castro. El autor ejecutó magistralmente su *Concerto* para piano, obra intrépida y lucida que se resuelve en una delirante polonesa. El *Concerto* para violoncello está construído sobre un tema profundamente emocional; de una orquestación poco feliz en la introducción, se revela en toda su profundidad cuando el violoncello ataca su parte. La obra se

sostiene brillantemente en el *Andante* y el *Vivo*: Loevensohn le prestó toda su elocuencia vigorosa y caliente, de suerte que la bella obra produjo todo su efecto. La orquesta encantó al numeroso público en la *Marcha tarasca* del drama lírico *Atzimba*, construída sobre motivos populares mexicanos y desarrollada con pintoresca bravura.

En fin, la *Escena final* del mismo drama lírico, para solos, coro mixto y orquesta, ha probado la habilidad de Castro en el dominio vocal, melódico y orquestal. La escena, trágicamente animada, desprende acentos de lo más puramente commovedores, y se funde en un cuadro musical tan bien delineado como sincero.

El público, que casi se había dormido con el poema de Durant, despertó gradualmente con el ritmo tan franco y flexible de las obras de Castro. Y fué con justicia: en nuestros días el *torticolis* orquestal y harmónico es tan contagioso que se siente uno encantado al encontrar, por excepción, un compositor moderno que lleve la cabeza recta, sobre sólidas espaldas. Para apreciar á Castro en su justo valor, es saludable repasar á la memoria las obras, especialmente para violoncello, que no han presentado nuestros grandes conciertos; sobre tal fondo, el *Concerto* de Castro formará un brillante y sólido alto-relieve. Además, todas sus obras se distinguen por su encanto irresistible que engendran la sinceridad y la variedad al servicio de la melodía y de la emoción.

No podremos pronosticar cómo la *moda* (emplearemos esta palabra) juzgará las obras de Castro. Desearíamos que su viaje por Europa refinase sus preciosas cualidades; pero esperamos que no las orientará por nuevas vías. Ha encontrado la buena. »

Ciñendo aún tan frescos laureles, Ricardo regresó á México, compensando la leve contrariedad que le produjese el alejarse de aquellos cultísimos centros de arte, con la dulce ilusión de volver á pisar el suelo de la patria. Venía á ofrecerle el último fruto de su inspiración, esa encantadora *Leyenda de Rudel* que tanto habíamos de aplaudir; venía á probar que no había sido ingrato ni con ella ni con sus protectores, y que á los sacrificios correspondía con esfuerzos; venía al lado de los suyos, de sus amigos y admiradores para hacer viables sus aspiraciones y para sentirse reanimado al calor del afecto, que á las veces parece más intenso que el de la admiración. Venía, por último — y nadie lo habría sospechado entonces — á dormir su postrero y apacible sueño en el regazo cariñoso de su patria.....

Aguardábanle los éxitos, aguardábanle los honores y los homenajes meritísimos..... y aguardábale también la Parca inexorable, que con crueldad, con saña, casi con gesto irónico, tronchó su existencia traidoramente, cuando todos, y el arte más que todos, necesitábamos de ella y más podríamos haberle exigido.

El duelo provocado con la muerte de Ricardo, no por haber sido tan sincero, unánime y profundo, deja de ser menos consolador. Cuando la pena se extiende hasta los últimos rincones y llega hasta el alma del pueblo, y la sacude, y la hace prorrumpir en sollozos, hay para qué meditar y por qué consolarse.

Si por unos instantes volviese á la vida el infortunado artista y contase una á una las lágrimas que su ausencia ha provocado, no desconfiaría más, ni repetiría aquellas amargas palabras :

« *Voy á tocar..... para que no me olviden.....* »

ÍNDICE

Desde París.....	1
En la casa de Saint-Saëns.....	6
Un notable pensionado mexicano en Bruselas.....	13
Paul Gilson.....	19
La vida musical en Berlín.....	26
Desde Berlín.....	33
Conciertos de Fauré, Lilli Lehmann y Nikisch en Berlín. —	
Conciertos en Leipzig.....	40
La vida musical en Viena.....	46
El Museo Liszt en Weimar.....	52
Desde Milán.....	58
Puccini.....	66
La vida musical en Roma.....	74
Un concierto del gran violinista Isaye.....	81
Los conciertos en París.....	88
Massenet.....	96
Música antigua en instrumentos antiguos.....	102
Los « Orfeos » musicales.....	110
El maestro Pedrell.....	117
Festivales de caridad.....	124
El festival Chopin por el Conservatorio.....	131
Los concursos del Conservatorio de París.....	139
Ingratitud.....	147
El museo « Beethoven » en Bonn.....	154
La Sociedad de Autores, Escritores y Artistas.....	164